

Terrorismo y amenazas imperialistas

Isabel Monal

Profesora e investigadora. Instituto de Filosofía.

Los horribles atentados del 11 de septiembre, y las Guerras que les han seguido, marcan sin dudas un hito cuyo significado y proyección futura no se puede ignorar ni minimizar. Salvo excepciones, existe una tendencia a conferirle al atentado terrorista la exagerada dimensión de demarcación de cambio de época o de inicio de un nuevo orden internacional. No parece tampoco acertado el juicio que lo ubica, en cambio, como un acontecimiento casi anecdótico, con lo cual se minimiza el impacto real que ya ha tenido, y sigue teniendo, en las configuraciones geopolíticas y geoestratégicas. Sin dudas, una transformación importante de estas configuraciones está teniendo lugar, pero el mundo no parece haber cambiado en el sentido profundo del término. Visto en su proyección, el acto terrible del 11 de septiembre y la riposta estadounidense, junto con los antecedentes de la Guerra del Golfo y de los ataques a Yugoslavia, permiten, en lo esencial, la conformación y afianzamiento del llamado nuevo orden mundial surgido después de la caída del socialismo en Europa del Este y la desintegración de la URSS. Ahí radicaría el cambio más significativo. Pero no el único.

No parece posible tratar de entender, al menos parcialmente, lo que ha ocurrido, si no vemos la encrucijada de varias transversales, en cuya lógica habría que ubicar el sangriento acto terrorista más espectacular imaginable, aunque su número de víctimas —no está de más aclarar enseguida— no alcanza las espeluznantes cifras de lo que alguien ha llamado con justeza el terrorismo silencioso del hambre y las enfermedades de cientos de miles de niños del Tercer mundo, víctimas del muy injusto orden económico, político y social mundial.

Algunas de esas transversales son de particular significación para el objeto de este análisis.

La causa antiterrorista. Geoestrategia e ideología

En primer lugar, lo más acertado sería comprender que el 11 de septiembre debe, en parte, su ocurrencia al hecho de que el mundo no ha cambiado como debía, ni se ha modificado en la dirección de una mayor justicia social y equidad, por una parte, ni de una disminución

o, mejor aún, desaparición de la hegemonía, dominio y explotación imperialistas, por otra. Sin embargo, en el marco del capitalismo neoliberal que se internacionaliza, se han producido conocidos cambios en un sentido inverso: ha habido, desde hace más de diez años, una intensificación de ese dominio, una pobreza y miseria crecientes, desigualdades que se ahondan, países enteros amenazados con desaparecer por miseria y enfermedades (como es el caso del SIDA en gran parte de África), flagrantes injusticias que proliferan, y relaciones internacionales impositivas, arrogantes y humillantes. Nunca antes fue tan terrible el panorama del planeta; nunca antes la humanidad había conocido un poder imperial unipolar tan poderoso. Es en ese panorama, en primera instancia, que habría que ubicar los atentados del 11 de septiembre, si se quiere ser serio y abarcador.

En realidad, hay una contradicción en el sistema de explotación y dominación que obliga a los Estados Unidos a encontrar «soluciones» que permitan la supervivencia de aquel. Desde 1948, se manifestó la conciencia de la existencia de este problema y, por tanto, de los objetivos que debían mantenerse de una administración a otra. Así, George Kennan, cuando dirigía el equipo de planificación del Departamento de Estado, constataba que los Estados Unidos poseían alrededor de 50% de las riquezas mundiales pero solo 6,3% de su población. «Nuestra verdadera tarea —continuaba la argumentación— en el período que viene es desarrollar un sistema de relaciones que nos permitirá mantener esta posición de desigualdad sin poner en peligro nuestra seguridad nacional».¹ Cuánto tiempo podrá mantenerse esta situación con su contradicción insuperable (siempre y cuando el peligro no se entienda como amenaza a la seguridad, sino a lo insostenible del sistema), es una pregunta que nunca ha dejado de estar sobre el tapete, pero que los atentados del 11 de septiembre han recordado en su actualidad.

Los Estados Unidos decidieron enfrentar el terrorismo que ahora los golpea de la peor manera posible, haciéndole la guerra al pueblo afgano en nombre de una cruzada antiterrorista, cuyo objetivo central y verdadero, de tipo geoestratégico y geopolítico, busca en realidad incrementar y consolidar su poder y control sobre el mundo, y para lo cual el antiterrorismo es una útil y «honesta» fachada de presentación. Se trata, pues, de una guerra neocolonial e imperialista de amplias proyecciones, lo que no quiere decir, como a veces se lee, que la búsqueda de Bin Laden y la destrucción de los talibanes haya sido solo un pretexto. Sin dudas, son pretextos para ocultar y justificar objetivos más importantes y vastos, pero la lucha contra el terrorismo que los azota directamente, y la consecuente lucha contra los talibanes y su huésped, fueron también objetivos

de sus acciones, aunque no los únicos ni los más importantes.

Contrariamente a lo que se quiere hacer creer, el imperialismo no ha desaparecido de la faz de la tierra con las mundializaciones múltiples y las transnacionales, sino que ha entrado en una nueva fase o, como sostienen algunos especialistas, se ha transformado en un nuevo imperialismo. En cualquiera de los dos casos, lo que interesa subrayar no es solo su permanencia como tal, sino que, con los nuevos desarrollos y sin por ello modificar su naturaleza esencial, el imperialismo ha sufrido transformaciones cualitativas importantes con la nueva fase de la internacionalización del capital y esas formas múltiples de mundialización que lo acompañan, formando un conjunto de estrechas imbricaciones. En las nuevas circunstancias, ya no se trata, para el imperialismo en general, de un control militar o colonial directo sino, en particular, del control de los mercados y de la dominación tanto política como militar necesarios para ello. No existe, pues, una tendencia a controlar directamente determinados territorios, sino más bien a controlar la economía mundial y los mercados globales. Por ello, al poder unipolar le resulta imprescindible liberarse tanto de las trabas (económicas, políticas o militares) que le impidan ejercer su dominación a escala planetaria, como de obstáculos tales como el respeto a las fronteras o a las soberanías nacionales, en especial las de los Estados del Tercer mundo y de aquellos que no sean sus propios aliados o sus servidores. Todo ello no quiere decir que el uso de la fuerza no le sea necesario; por el contrario, ella continúa desempeñando un papel fundamental. Pero, en las nuevas circunstancias, ese ejercicio de la fuerza demanda condiciones de gran flexibilidad y que se pueda llevar adelante lo más rápidamente posible. Estos objetivos estratégicos demandan, a su vez, variadas formas complementarias a la mundialización económica, tales como las intervenciones militares y políticas, para que la internacionalización del capital tenga éxito y pueda ser permanente. Es un conjunto necesario para la expansión y el reforzamiento imperialistas, y para que la potencia unipolar logre establecerse con más fuerza y más plenamente.

Pero la treta de descalificar el concepto y la teoría del imperialismo ha rendido, sin embargo, sus frutos, incluyendo las ingenuidades y «modernismos» de una parte importante de la izquierda. Resultó, por ejemplo, muy útil en momentos específicos, como la guerra contra Yugoslavia y la intervención en Kosovo, y también en la guerra contra el pueblo afgano y a favor del proyecto imperial en curso, con fachada de antiterrorismo. Sin dudas, la descalificación del concepto de imperialismo ha sido, como ha señalado Samir Amin, una útil jugarreta ideológica. Los que hablan de imperialismo y

antimperialismo son acusados de retardatarios, de estar rezagados respecto a los avances cognoscitivos de las ciencias sociales, y a permanecer atrapados en ideologismos ya superados. Es un triste espectáculo leer, en ocasiones, a respetados teóricos de la izquierda en filigranas a la moda para escapar del anatema. Claro que la deslegitimización de la idea del imperialismo conlleva la inmediata consecuencia de deslegitimar, asimismo, la lucha real y política contra él, y el concomitante resultado de favorecer la acción imperial en todas las latitudes. Ayuda, igualmente, a legitimar la retórica capitalista e imperialista dominante, y priva a los movimientos populares y de izquierda de un arma formidable de lucha y de esclarecimiento ideológico.

Afganistán en perspectiva: la guerra equivocada

Existen indicios de que esta guerra imperialista por mantener e incrementar la supremacía de los Estados Unidos en el mundo había sido concebida y planeada desde meses antes de los acontecimientos del 11 de septiembre. Es lo que afirmó, en una entrevista a la BBC, Niaz Naik, ex ministro paquistaní de Asuntos Exteriores. Al parecer, desde fines de julio de 2001, funcionarios norteamericanos le habían hablado de un plan que buscaría lanzar una operación militar para derrocar al régimen talibán e instalar en su lugar un gobierno de afganos «moderados»; esto se llevaría a cabo, a más tardar, hacia mediados de octubre (antes de las nieves) desde las bases situadas en Tadjikistán, en donde los consejeros de los Estados Unidos ya estaban presentes.² Este dato es importante porque confirma, además, el trasfondo de las verdaderas intenciones geoestratégicas, ya que la guerra no estaba directamente motivada por el afán antiterrorista. Asia representa un área de vital interés estratégico para los Estados Unidos en su línea de reafirmar y potenciar su propio papel de centro mundial del imperialismo. La guerra contra Afganistán se inscribe en esa óptica.

Sin dejar de tener en cuenta que el motivo central de esa guerra y la cruzada antiterrorista radica en sus intereses geopolíticos de supremacía mundial, existen asimismo varios otros objetivos muy importantes. El eje petrolero es, sin dudas, uno de ellos; se trata, sobre todo, del control económico y militar de los grandes corredores energéticos, un hecho reconocido por la prensa burguesa y por innumerables analistas más o menos lúcidos, que no son precisamente de izquierda; en el entendido, además, de que el control y la garantía del petróleo es también una condición para la supervivencia de la supremacía del imperialismo contemporáneo y de su representante máximo y más

poderoso. Zbigniew Brzezinski deja claramente expuesta la importancia de Asia central cuando subraya la necesidad del control estadounidense de lo que él denomina los «Balcanes eurasiáticos», que incluyen el territorio desde el área caucásica del Caspio hasta las repúblicas ex soviéticas de Asia central, así como Afganistán e Irán. Para él, queda muy claro que el área está situada en una posición central respecto a la red de comunicación destinada inevitablemente a conectar de manera más directa la extremidad más rica e industrializada de la Eurasia occidental y la oriental.³

Ese dominio necesita no solo el control de las vías energéticas, sino también de las articulaciones esenciales, infraestructuras, comunicaciones, intercambios y comercio. Tal control requiere territorio, sometimiento de las poblaciones y bases militares que posibiliten prontas intervenciones. La supremacía militar es una condición para el mantenimiento y la ampliación de la supremacía económica y política, capaz de quebrar resistencias y de tomar el lugar de otras influencias competitivas. El cambio cualitativo del imperialismo no supone la desaparición o disminución de la importancia de las bases militares. Por ejemplo, el papel tan importante de la aviación moderna en la estrategia de dominio, puesta en evidencia en el Golfo, Kosovo y Afganistán, requiere de una cierta cercanía al teatro de las operaciones, pero también son útiles para el sometimiento permanente de las áreas ya bajo control. Con la presencia de bases en el corazón de Asia —no solo en Afganistán, sino también en algunas de las repúblicas ex soviéticas—, se obtiene una posición prominente en el área y se posibilita el establecimiento de un cordón de bases del Pacífico al Golfo Pérsico. La progresión de los últimos años es significativa; gracias a la guerra del Golfo, los Estados Unidos lograron finalmente implantarse en el Medio Oriente; con la guerra contra Yugoslavia han instalado bases en Bosnia, Kosovo y Macedonia; después se instalan en Afganistán y varias de las ex repúblicas soviéticas (Tadjikistán, Turkmenistán y Georgia). No es cuestión de una forma colonial directa, no se gobiernan los territorios de la manera clásica colonial, pero se utilizan bases y hasta se pueden crear, en caso necesario, especies de protectorados con fachada de internacionales, que permitan el avasallamiento necesario.

Esta guerra imperialista buscaba mantener e incrementar la supremacía de los Estados Unidos en el mundo. Pero el hecho de que, por su naturaleza, fuera imperialista no excluye, sin embargo, como ya ha observado algún estudioso, que poseyera rasgos propios de las guerras colonialistas clásicas tradicionales: la indiscutible superioridad tecnológica de las armas de los invasores (que en el caso de Afganistán fue

devastadora), la inserción de la guerra en un conflicto étnico-tribal en curso, utilizando una de las partes contra la otra; decisión desde el exterior de cuál gobierno debe ser el del país vencido, reparto del botín, etcétera.⁴

La presencia de las bases militares o de ejércitos extranjeros puede también quedar «justificada» porque perdure una situación de inestabilidad, tal y como viene ocurriendo en Kosovo, por ejemplo. Aquí el mantenimiento de la desestabilización «muestra» la necesidad de la presencia militar extranjera.⁵ En el caso de Afganistán, y de Asia central en general, el designio está claro: de una forma u otra se mantendrá la presencia militar estadounidense y, para Afganistán en específico, también la de algunos de sus aliados (Gran Bretaña en particular) por largo tiempo.

Es conveniente, para el designio de dominación imperialista, esta multiplicidad de las fuerzas de intervención y ocupación porque permiten la fachada internacional y, con ello, la referencia a la famosa «comunidad internacional», designación secuestrada por los poderes imperiales desde la Guerra del Golfo. Aunque el caso de Afganistán ha sido, en muchos sentidos, una especie de repetición de lo ocurrido en el Golfo en 1991, en tanto primera guerra del nuevo orden, hay, sin embargo, importantes diferencias. Una de ellas es precisamente el papel de los aliados y las relaciones entre ellos. La progresión, en ese sentido, es bien significativa. Para Iraq se buscó, y se logró, el aval y la participación de la ONU. Ello implicó, no obstante, dificultades en la conjunción de voluntades políticas e innumerables ajetreos diplomáticos para lograr el consenso entre tan variados aliados. Para los ataques a Yugoslavia y su provincia de Kosovo, las fuerzas imperialistas prefirieron limitarse solo a la OTAN, lo cual les permitía una mayor libertad de movimiento y decisión, e introducía la alianza de los poderosos como fuerza interventora y de gendarme internacional, un precedente importante y necesario para los proyectos de reparto y dominación del mundo. Pero en el caso de Afganistán, hasta el uso de la OTAN parecía mucho para los Estados Unidos; ello hubiera provocado, a sus ojos, tener en cuenta muchas opiniones y demasiados miramientos y concesiones. Se montó, cierto, una alianza, pero solo para apoyar y sostener a los Estados Unidos. En este caso, se dejó de lado hasta los aliados más cercanos de la OTAN para tener las manos totalmente libres; después de todo, el argumento ha sido que los Estados Unidos habían sido atacados. Con la nueva guerra, estos han establecido su autonomía bélica. Aquí se está también frente a un precedente de consecuencias incalculables, más aún si se tiene en cuenta que el ataque terrorista del 11 de septiembre generó una onda de aceleración de las acciones y proyecciones imperiales.

Y con ello la tentación de manejar y salvaguardar el sistema mediante la guerra.

Se trata de la guerra como política o como una manera privilegiada de hacer política. Brzezinski lo establece claramente, con bastante anticipación a los atentados de septiembre. Para el consejero del presidente James Carter, «lo que hay que preservar es el sentimiento de que el orden del mundo reposa, en última instancia, sobre los Estados Unidos [...] Ellos deben estar en posición de actuar solos y de manera independiente cuando la acción colectiva no pueda ser orquestada».⁶ Una divisa claramente establecida en la progresión, que acaba de señalarse, que va del Golfo a Afganistán, a Iraq. Para la en ocasiones inconveniente opinión pública norteamericana y la de los aliados europeos, ya se había encontrado también una salida. Ante el temor de que la duración de la guerra, con sus atrocidades, hubiera logrado hacer bascular la opinión en el sentido contrario a la guerra, la garantía de que sería de corta duración, al menos en su período más grave y terrible, impediría que el movimiento por la paz lograra hacerse fuerte y potente, como ocurrió con Viet Nam.

La guerra contra Afganistán fue la continuación y profundización de la misma lógica imperialista que condujo a la Guerra del Golfo y a la guerra contra Yugoslavia, las cuales forman a su vez un conjunto con las violentas agresiones a Panamá y Somalia. Es esa transversal de la geopolítica del designio de dominación y explotación, con las características de las nuevas formas del imperialismo, la que enlaza, en la encrucijada, con el desafío terrorista. Lo que no excluye, por supuesto, que el componente antiterrorista sea real y legítimo.

Pero esa guerra, además de ser un crimen, fue un grave error. No solo porque la situación de confrontaciones se ha extendido, y produce caos e ingobernabilidad, sino también porque, aun cuando las fuerzas imperialistas y sus socios (incluyendo a los nuevos servidores de antiguas repúblicas soviéticas decididas a unirse al carro del poder unipolar y con la ilusión de participar en el juego de influencias de la región) hayan obtenido la victoria militar, las consecuencias políticas y sociales para toda la región y el resto del mundo serán impredecibles. Los talibanes, pero sobre todo Bin Laden y su red Al Qaeda, podrían emerger como héroes, y hasta casi santos, ante significativas masas de creyentes y gente humilde, y sus futuros émulos y seguidores podrían multiplicarse indefinidamente. Estos no serán resultados necesariamente inmediatos —¿cuánto tiempo pasó desde que Arabia Saudita autorizara la presencia de tropas norteamericanas en su suelo (uno de los agravios esgrimidos por Bin Laden) y los atentados de Nueva

En su lucha obsesiva contra el socialismo y el comunismo —y, en general, contra todos los movimientos progresistas— los Estados Unidos concibieron la promoción del islamismo político extremista como una fuerza de choque y de subversión.

York? Por eso no se sabe cuándo ni cómo será el verdadero fin de la guerra, y mucho menos cuáles nuevas y peligrosas amenazas acecharán la tranquilidad del planeta. El odio que esta guerra puede haber engendrado puede ser infinito, y las amenazas inimaginables. No es posible avasallar y humillar indefinidamente a poblaciones enteras sin que, desprovistas de perspectivas y esperanzas reales, se dejen llevar por el barranco sin solución de las reacciones irracionales. Por el momento, no obstante, son los triunfos de los Estados Unidos y sus aliados cercanos los que dominan el escenario, lo cual ha traído como una de sus consecuencias que el imperio se sumergiera en una euforia triunfalista y arrogante que lo estimula aún más a la gestión por la guerra y el intervencionismo en los asuntos del planeta, como se ha visto después en Iraq.

Terrorismos, fundamentalismos y política imperialista

El tratamiento paradójico, oportunista y desequilibrado por parte de los Estados Unidos de los problemas del Medio Oriente, y del mundo árabe y musulmán en general, están en la raíz de muchos de los males de hoy, incluyendo el terrorismo. Durante décadas el imperialismo occidental se esforzó, con bastante éxito, en liquidar a líderes y movimientos enteros de esos países que no servían a sus intereses o que consideraban demasiado radicales o comunistas. La lista sería larga, pero resulta imprescindible entrar en algunas precisiones sobre los más significativos, respecto al presente análisis.

Durante décadas los países imperialistas europeos, y los Estados Unidos en particular, llevaron a cabo una política sistemática de subversión y aniquilamiento no solo de los gobiernos o movimientos procomunistas, sino también contra todas las tentativas de desarrollo independiente que sobre bases relativamente laicas trataron de implementar diversos países del Tercer mundo, en algunos casos inclusive de naciones recién salidas del estatus colonial. Irán, el Egipto de Nasser, Indonesia y la Argelia del FLN, son ejemplos típicos de esta política de hostilidad de Occidente. Esa hostilidad no se encuentra, sin embargo, hacia los regímenes feudales y oscurantistas de la región.

En 1953, el gobierno progresista, nacionalista, reformista y laico de Muhammad Mossadegh fue liquidado por un golpe fomentado por la CIA; sus seguidores, incluyendo a los comunistas del partido Toudeh, fueron masacrados por miles en un baño de sangre sin precedentes entonces. Fue aquel gobierno, es oportuno recordarlo, el que nacionalizó los campos de petróleo de Irán. En la década de los 60, Ben Barka fue asesinado mediante un contubernio entre los agentes de Marruecos y los franceses. A mediados de esa década, el gobierno progresista y de política exterior independiente de Sukarno, en Indonesia, fue eliminado mediante un golpe que encabezó Suharto y fomentaron los Estados Unidos. Decenas de miles de comunistas y de seguidores del presidente fueron asesinados. Esa política de sistemática liquidación de movimientos y gobiernos laicos, ya fueran reformistas, nacionalistas o revolucionarios, y de la consecuente destrucción de las esperanzas y de las opciones de desarrollo y de independencia, no podía dejar de traer nefastas consecuencias.

Comentando esta situación, Samir Amín hacía notar recientemente cómo el capitalismo y el imperialismo occidentales habían liquidado poco a poco, o reducido a su ínfima expresión, las fuerzas laicas no pronorteamericanas o no sometidas a algunos de sus aliados occidentales (el caso de Ben Barka), lo que finalmente creó un vacío político. Este vacío, unido a la permanencia de las condiciones de hambre, explotación y opresión de amplias masas, por muchos de aquellos gobiernos pro-occidentales, fue abriendo el camino y creando condiciones para el islamismo político, sobre todo el integrista; un proceso que entonces, y por muchos años, contó con el aliento, apoyo y promoción de los poderes imperialistas, los cuales salieron muy beneficiados entonces con aquellos resultados, además de alejar el tan temido peligro de los cambios revolucionarios. No se insistirá lo suficiente en lo desastroso de esta política para el mundo árabe y musulmán y, en consecuencia, para todo el planeta.

El Islam político es, en general, una tendencia retardataria y oscurantista que se asienta en una ideología conservadora y hasta reaccionaria, particularmente opresora respecto a las mujeres. En la época del alza del movimiento de liberación nacional en los países árabes (con sus limitaciones) tales como el nasserismo,

el baathismo, Boumedién, etc., el Islam político no existía. No porque estuviera reprimido, sino porque existían alternativas reales de llevar adelante proyectos de desarrollo, nacionalistas, reformistas, etc. Ha sido ese vacío, creado por las interferencias e intervenciones imperialistas, con su aniquilamiento de las esperanzas, lo que ha permitido el surgimiento de la situación actual, generadora de terroristas fanáticos extremistas.

Tal y como muestra la historia hasta ahora, el Islam político integrista no es, en general, el que ofrece las alternativas de sociedades más justas y, por tanto, antifeudales y equitativas. En sentido general, su presencia ha sido poco significativa en los movimientos de contestación y protestas actuales. En su esencia, no se caracterizan, salvo excepciones, como antineoliberales, o propiamente antimperialistas; cuando más, se manifiestan como antinorteamericanos, y ya esto es en cierta forma una limitante, porque no apunta al sistema como tal. Lo que no excluye, sino todo lo contrario, la necesidad de unir al conjunto de los movimientos populares, de protesta y antimperialistas con los movimientos populares de tradición islámica no identificados con el terrorismo universal.

En realidad, la estrategia del imperialismo parece haber impuesto una lógica infernal. Se liquidan gobiernos y fuerzas laicas nacionalistas, se crea un vacío político que inmediatamente es llenado por el Islam político y por las redes terroristas, también fomentadas contra los movimientos progresistas; a su vez, las condiciones de miseria, explotación y humillación se hacen cada vez más intolerables, y se incrementa y desborda, en consecuencia, un terrorismo ciego e irracional a escala planetaria.

No se puede ver el terrorismo actual como algo totalmente ajeno a esta evolución, como tampoco es inseparable de toda la atmósfera de violencia, asesinatos, torturas, impuestos, por ejemplo, en América Latina por terribles dictaduras (promovidas y alentadas por la CIA y los procónsules del imperio), y mucho menos separado de la desgarradora situación del Medio Oriente y la agresión continua a los palestinos.⁷

Bin Laden ha dicho que ya nunca más los Estados Unidos se sentirán seguros, y que vivirán con las mismas incertidumbres y sufrimientos que los árabes y los musulmanes vienen sufriendo desde hace décadas. Aunque parte de los objetivos de esa guerra absurda se alcanzaron, todo parece indicar que, efectivamente, Bin Laden y sus seguidores estarían logrando ese propósito; pero, ¿a qué precio? En primer lugar, ¿qué sentido ni valor puede tener, política y moralmente, precipitar al pueblo norteamericano al temor y desasosiego permanentes? Nada podrá justificar las víctimas inocentes de uno u otro lado (el pueblo norteamericano y los civiles afganos), y el resultado del atentado ha

sido también elevar la imagen del imperialismo a los ojos del mundo, y facilitar en bandeja de plata justificaciones y argumentos para llevar adelante, ampliar y profundizar sus designios geopolíticos. El imperio se ha hecho más arrogante y se siente empujado a tener que demostrar su poder ante el mundo, a no dejarse humillar y a mantener el miedo que a muchos inspira. El imperio más fuerte y poderoso de la historia de la humanidad no puede permitir tranquilamente «perder la cara» y aceptar con pasividad el golpe recibido. ¿Es que los irracionales y fanáticos terroristas del 11 de septiembre no anticiparon la furia del gran poderoso? Toda esta visión del integrismo terrorista está demostrando, entre otras cosas, cuán peligroso y criminal puede ser este tipo de primitivismo político con su enfoque irracional del mundo, de la historia y de las formas de lucha para la transformación del mundo y, mucho menos, si se quiere un mundo mejor y más justo.

El terrorismo bárbaro y ciego guiado por el odio, no es un camino ni una salida: es un salto al vacío. El odio irracional al imperio, que ellos además convierten en odio al pueblo estadounidense, no es ni podrá ser la vía para ese mundo mejor y más justo, para un mundo en que un puñado de países no exploten ni humillen a la mayoría de la humanidad, ni existan las enormes desigualdades entre pobres y ricos, y débiles y poderosos. De hecho, conduce a lo contrario.

Debe llamar a seria reflexión, por otra parte, lo que significó que no solo muchos árabes y musulmanes recibieran la noticia del ataque con indiferencia y hasta con beneplácito, sino que, aunque más mitigado, no produjo todo el rechazo y la condena que merecía entre sectores de otras muchas partes del mundo. Es una mala noticia para el imperio y sus aliados, que no quieren acabar de aceptar cuánto es el odio acumulado y creciente de amplias masas de la población mundial; pero es, sobre todo, una mala noticia para la humanidad en su conjunto, en especial, para los que creen que un mundo mejor es posible y que se puede y debe luchar sin descanso por obtenerlo.

Esa indiferencia es lamentable, en primer lugar, por una cuestión de principios y de ética, pero también por razones políticas: ese camino no conduce sino a la desorientación y al caos; no es la vía (ni forma parte de la vía) para cambiar el mundo, ni es tampoco el camino para luchar y liquidar al imperialismo. En el odio irracional y primitivo no hay un verdadero programa, ni un verdadero proyecto de sociedad ni de relaciones internacionales sensatas y equitativas. Y debe preocupar que tantos en el mundo, que están del lado opuesto al imperialismo y al neoliberalismo, se puedan extraviar y confundir de esta forma. No hay que subestimar todo lo que estas acciones encierran. Desgraciadamente, el

imperio y sus acólitos no sacarán de ello ninguna lección (los manifestantes en Pakistán escribían en una gran pancarta: *Americans, think why you are so hated all over the world* [Norteamericanos, piensen por qué son tan odiados en todo el mundo]). No pensarán mucho, pero la izquierda y el movimiento popular y progresista en general deben ser más sabios y extraer las conclusiones que se imponen.

Uno de los designios aparentes más malsanos y peligrosos de Bin Laden y los talibanes es provocar un choque o guerra de civilizaciones. Son tantos los daños y sufrimientos infligidos por el Occidente desarrollado, que ellos y muchos más creen que ha llegado la hora de la *jihad* y de la lucha de civilizaciones. Y, sin dudas, una de las reacciones más contraproducentes y más en consonancia con la línea de este objetivo ha sido la guerra criminal de los Estados Unidos y sus aliados contra el pueblo de Afganistán con visaje de lucha contra el terrorismo y del derecho de los Estados Unidos, atacados, a ripostar. La soberbia del imperio, los aliados, los oportunistas y los genuflexos y temerosos de la furia del imperio, apoyan y siguen detrás; y tal parece que ninguno de ellos comprende o quiere comprender las consecuencias terribles e impredecibles de la guerra para el planeta todo. Una guerra que, en definitiva, no acabó con el terrorismo, al menos con este tipo de terrorismo de fanáticos kamikazes. Y uno de los peligros más graves de esta «riposta» es, precisamente, favorecer y crear condiciones propicias para el buscado choque de civilizaciones o algo aproximado.

No parece exagerado preguntarse si no era precisamente esa reacción guerrerista la que secretamente anhelaban los autores del atentado, con el fin de precipitarnos en ese abismo. Los dirigentes estadounidenses y sus aliados no se cansan de repetir que no fue una guerra contra el Islam ni los musulmanes, que se trató solo de los terroristas. Pero los hechos sangrientos de la guerra, sus imágenes, el número increíble de víctimas civiles, la enorme cantidad de tiros errados (muy superior a los de Yugoslavia), han podido más que las palabras, discordantes con esa realidad. De pronto, las «armas inteligentes» dejaron de serlo o ya no lo son tanto; ¿puede alguien creer realmente en esas cifras de accidentes?⁸ ¿No pueden pensar muchos, con razón, que con ello se buscó llevar al pueblo afgano a una desesperación extrema, que lo obligara a rebelarse contra los talibanes y sus huéspedes? El cuadro que ha ofrecido esta guerra no puede borrarse con declaraciones ni con las hipócritas bolsitas de comida que fueron lanzadas durante los días de los feroces bombardeos.⁹ ¿Qué podría generarse en este caldo de cultivo, a la vez que seguían las matanzas de palestinos y se bombardeaba y bloqueaba a Iraq y morían más niños iraquíes que con el atentado a las torres gemelas?

Es necesario recordar aquí que Bin Laden, los talibanes y muchos otros terroristas y organizaciones terroristas fueron tolerados, estimulados, aplaudidos y hasta creados y apoyados por los propios Estados Unidos durante décadas. Es conocido que Bin Laden es un Frankenstein de la CIA, y quizás algunos hayan olvidado que, en su momento, el entonces presidente Bill Clinton, ante las críticas contra los desmanes de los talibanes, solo atinó a justificarlos argumentando que era la mejor solución para Afganistán, pensando probablemente en la estabilidad que habían traído.

Pero la larga y siniestra historia de la colaboración, promoción y apoyo de Washington a los terroristas de varios horizontes y, en particular, con los terroristas islámicos, no comenzó con Bin Laden y los talibanes. En su lucha obsesiva contra el socialismo y el comunismo —y, en general, contra todos los movimientos progresistas—, los Estados Unidos concibieron la promoción del islamismo político extremista como una fuerza de choque y de subversión. Por la vía de Pakistán, y con la ayuda de Arabia Saudita, dieron luz verde primero, y financiamiento y entrenamiento después, a las diversas sectas fundamentalistas de Afganistán, incluyendo, en su momento, a los talibanes.

Desde enero de 1980, los propios Estados Unidos financiaron las escuelas de terrorismo instaladas en los territorios tribales del Noreste. Allí se formaron varias oleadas sucesivas de terroristas. Aquellas escuelas del terror estuvieron apoyadas por la CIA, y sus egresados pasaron a ser conocidos internacionalmente como los «afganos», aunque, en realidad, eran grupos compuestos por profesionales del terror de muchos orígenes árabes y musulmanes. Después se fueron repartiendo por el mundo y constituyendo redes; algunos se trasladaron a Argelia y otros hacia los Estados Unidos. El propio Brzezinski se ha ufano de haber sostenido a los combatientes moujadines en la lucha contra el gobierno procomunista de Afganistán, desde mediados de 1979, es decir, seis meses antes de que la Unión Soviética entrara en ese país.¹⁰ Las cifras sobre este ejército de fanáticos islamitas radicales y asesinos se cuentan en alrededor de cien mil. Existe también el dato de que algunos de los grupos islamitas de Argelia fueron entrenados en los Estados Unidos —algunos directamente por expertos de la CIA— para el asesinato. En realidad, como lo muestra la historia de los últimos lustros, ha sido el propio pueblo de los países árabes y musulmanes la primera y más sufrida víctima de los terroristas integristas.

Contrariamente a lo que pensaban Bin Laden y sus socios, la CIA los manipuló y los utilizó en su guerra contra el socialismo y el comunismo, en particular en Afganistán. Llevados por su fervor religioso extremo,

los combatientes islámicos parece que ignoraban, en su mayor parte, que luchaban por los intereses de los Estados Unidos. El mismo Bin Laden no estaba consciente de esta manipulación.¹¹ En realidad, los llamados *freedom fighters* [luchadores por la libertad] actuaron sin fronteras en su cruzada asesina. No solo actuaron en países árabes, sino también en otros países musulmanes. Establecieron nexos con los ejércitos musulmanes de Chechenia y de Bosnia. Y también con la UCK de Kosovo y Macedonia. Todo bajo la mirada complaciente o el apoyo de la gran potencia imperialista y, en algunos casos, como en los conflictos yugoslavos, con el visto bueno de algunos de sus aliados de la OTAN. Todo quedaba justificado por el enfrentamiento al «malévolo» comunismo.

A raíz de los terribles ataques del 11 de septiembre, los gobiernos árabes, por la voz de Hariri y Moubarak hicieron explícito, en la BBC, que ellos habían prevenido a los Estados Unidos que estaban fabricando terroristas peligrosos. Ahora esos terroristas se han virado contra sus propios promotores. Como bien dice Noam Chomsky, por todo esto y otras muchas cosas, solo si se olvida su pasado, los Estados Unidos pueden ser considerados como una víctima inocente.

Algunos periodistas habilidosos de los medios occidentales han tratado de hacer creer que la llegada al poder de los talibanes fue solo obra de Pakistán, como si ignoraran que el financiamiento a chorros de la CIA —junto con el saudita— llegaba a los «luchadores por la libertad» (es decir contra el gobierno comunista de Afganistán, primero, y la ulterior intervención soviética, después), por vía de los servicios secretos de Pakistán (ISI).

En realidad, era un negocio para ambos; nadie debe dudar, porque está claramente expresado por los propios dirigentes pakistaníes de la época: ellos les hacían un servicio a los Estados Unidos y estos debían aceptar que Pakistán fuera implementando su propio proyecto panislámico bajo su control en la región, que necesitaba, entre otras condiciones, a Afganistán como su Estado vasallo. El islamismo militante recibió un impulso decisivo durante la presidencia, en Pakistán, del general Zia Ul Haq entre 1977 y 1988. Concentró entonces un grupo poderoso de oficiales en los servicios de información, los cuales estaban animados de una ideología que mezclaba el nacionalismo anti-indio y el mesianismo islámico. Cinco semanas antes de su muerte, el dictador explicaba que su finalidad era un «alineamiento estratégico» en Asia del sur, y que para ello necesitaba que Afganistán se convirtiera en un Estado satélite. Su objetivo central consistía en llegar a dirigir una confederación panislámica.

Ustedes los norteamericanos —razonaba Ul Haq— desearon que nosotros fuéramos un Estado de la línea del frente. Al ayudarlos en Afganistán hemos ganado el derecho

de tener en Kabul un régimen escogido por nosotros [...] Será un verdadero Estado islámico, una verdadera confederación islámica, una parte del renacimiento panislámico que ganará un día, ustedes lo verán, a los musulmanes de la Unión Soviética.¹²

El apoyo incondicional de Washington al Islam militante y, en el caso de Afganistán, por intermedio del ISI pakistaní, trajo consecuencias que todavía hoy se están padeciendo. En Pakistán y en el mundo entero, la CIA estimuló y financió, con la visión a corto plazo que ha caracterizado en este asunto a las diversas administraciones estadounidenses, las corrientes más extremistas y fanáticas del Islam, con el objetivo de que fueran peones permanentes tanto en su lucha contra el comunismo, como para sus designios imperiales más vastos.

Brzezinski trató de justificar todo esto con la mayor impudicia. Todo estaba permitido con tal de deshacerse del enemigo comunista. Siempre esa visión a corto plazo, adherirse a las «soluciones» más inmediatas, sin analizar a fondo las posibles consecuencias: es la misma visión que rige hoy las reacciones del imperio, sin reflexionar a dónde conducen al mundo con sus decisiones maniqueas y su poderío devastador. La ex presidenta de Pakistán, Benazir Bhutto, sintetiza el proceso: «La idea de los talibanes fue inglesa; la gestión, americana; el dinero, saudita; y la ejecución, paquistaní».¹³

Pero no era solo el enemigo comunista. En Gran Bretaña se recibía a terroristas mientras se le negaba el mismo tratamiento a la ANC de Nelson Mandela: el capitalismo occidental prefería la Sudáfrica del apartheid a los verdaderos luchadores por la libertad. Y no hace mucho, Rigoberta Menchú recordaba las acciones subversivas de Henry Kissinger en América Latina, y como promotor de asesinatos y terrorismos en Centroamérica y en el Cono sur. ¿Y qué decir de Cuba y el acoso terrorista por más de cuarenta años? Múltiples intentos de asesinatos a Fidel Castro, atentados contra sedes diplomáticas, promoción y apoyo a bandas asesinas, atentados terroristas a hoteles en la década pasada, secuestros de aviones, y hasta la voladura, en pleno vuelo, de un avión de Cubana de Aviación con 73 pasajeros a bordo. Si bien es cierto que el ataque a las torres gemelas es inédito por la cantidad de víctimas en un solo golpe y por haber utilizado aviones civiles como proyectiles, no es menos cierto que tiene sus antecedentes en dos tipos de terrorismo aéreo: el secuestro y la voladura de aviones. Llama la atención que no se recuerde hoy, en medio de tanta furia antiterrorista, que ambas invenciones macabras fueron creadas por la CIA y sus agentes, reclutados para la contrarrevolución en Cuba. Los terroristas asentados en Miami, o guiados desde allí, son tan Frankensteins del imperio como Bin Laden y los kamikazes del 11 de septiembre.

Podrían recordarse algunos de los elementos que justifican poner en duda la sinceridad antiterrorista de los poderes capitalistas aliados de los Estados Unidos, al que concedieron luz verde, en el manipulado Consejo de Seguridad, para llevar adelante la guerra contra Afganistán. Sin embargo, no hace tantos años esos mismos aliados aceptaron la posición del representante norteamericano, de que era una «pérdida de tiempo» prestarle atención a una demanda de Cuba que pedía la información que obraba en manos de los Estados Unidos sobre el acto terrorista contra Cubana de Aviación.¹⁴

Esos, y otros muchos, son los hechos que muestran hasta la saciedad que cuando el terrorismo es contra esa parte del Tercer mundo que no esté sirviendo de aliado sumiso, entonces todos los golpes son válidos. Por todo ello, nadie que sea serio y honesto podrá aceptar jamás que el poder imperialista pueda guiar, aunar, liderar y organizar la imprescindible y permanente lucha contra el terrorismo. Una lucha, que ya se desarrolla, será sobre todo contra los Estados y los gobernantes que molestan o contra los movimientos de protesta o de liberación, y que deja fuera y santificado el terrorismo de Estado norteamericano y de Israel. De nuevo el famoso «doble rasero», del cual se nos dice ahora, una vez más con todo cinismo, que hay que aceptarlo, que esta divisa es inevitable. El imperio hace sus listas, ya con ese criterio y algunas hojitas de parra, y pretende decidir quién es terrorista y quién no, o sostenedor de los terroristas, cuándo y cómo atacar, intervenir o agredir. Esta es la declarada posición de los halcones. Oponerse a este designio es una de las tareas más importantes del mundo progresista, de la izquierda, o simplemente de los hombres sanos y honestos.

Existe la Organización de las Naciones Unidas, y sería ella —pero bajo estrecha vigilancia de todos los Estados miembros— quien mejor pudiera llevar a cabo esta tarea de manera coordinada, equitativa, sin hegemonismos y, sobre todo, sin individuaciones arbitrarias y oportunistas. En otras palabras, sin que el Consejo de Seguridad, bajo el control de los poderosos, utilice, una vez más, la institución para sus propios fines; con el agravante de que entonces estos estarían legitimados como «comunidad internacional»; esa comunidad internacional ya usurpada desde la Guerra del Golfo por el imperialismo y sus servidores.

Si el terrorismo criminal no tiene ninguna justificación, no es menos cierto que la política exterior del imperio, obcecado por sus intereses y arrogancia, rinde también frutos de horror. Y reconocer esta relación no implica en lo absoluto hallarles una justificación o atenuante a los atentados. Se trata, por el contrario, de la más elemental consideración política. No es extraño

que se emplee el terrorismo intelectual para intentar acallar esta u otras formas similares de análisis, porque así, de hecho, se libera al imperialismo de toda crítica e imputación. Es, en el fondo, una manera de defender y sostener al imperio.¹⁵

Los autores del atentado (sea Bin Laden u otro) han logrado la increíble proeza de hacer aparecer al imperialismo como víctima, hacerle ganar simpatías y compasión (por vía de su pueblo, ahora víctima) y crear condiciones para que incremente su poderío y su dominio sobre el mundo, en particular sobre el Tercer mundo. Está facilitando que incremente su hegemonía y control (político, militar y ¡hasta moral, su flanco más débil!), y crea condiciones también para que muchos piensen que hace falta realmente un fuerte poder mundial que traiga orden, que controle y garantice una (hipotética) gobernabilidad, aunque esta sea la del imperio.

Los Estados Unidos han mostrado, es cierto, su fragilidad, pero ello no debe llamar a engaño: el imperio sale, por el momento, fortalecido. Y el presidente Bush, que carecía hasta entonces de verdadera legitimidad, debido al fraude electoral de la Florida que lo llevó a la presidencia, vio ahora no solo ganar esa legitimidad negada, sino también simpatía y reconocimiento.¹⁶

Obviamente, el imperialismo estadounidense ha aprovechado esta inesperada corriente de tolerancia y simpatía, tanto más cuando las desilusiones crecientes sobre el neoliberalismo, la mundialización y el nuevo orden ya apuntaban el dedo acusador hacia ellos y sus aliados del G-7. Y, por supuesto, no dejará pasar la ocasión de utilizar en beneficio propio el natural deseo de amplias masas de la población mundial (sobre todo, de los países desarrollados) por la gobernabilidad y el rechazo y el miedo que genera el terrorismo ciego y sanguinario. Facilitó, sin dudas, un momento propicio para llevar adelante viejos proyectos y ambiciones de sus designios imperiales y de incrementar aún más su dominio y explotación sobre el mundo.

Las absurdas guerras llevadas a cabo y la conducta general del imperio apuntan en ese sentido; se trata sobre todo de objetivos geoestratégicos que se inscriben en esa línea de dominación unipolar. Es cuestión, ante todo, de sacar partido de la pasividad y la escasa oposición que sus acciones han provocado hasta el momento, para profundizar y ampliar el designio imperialista, un designio que incluye —y esto debe tenerse muy presente— imponer (con el apoyo ya añejo de sus aliados de la OTAN) la tesis de las soberanías limitadas, la no aceptación de la igualdad entre las naciones, y el derecho a la intervención; tal y como lo fueron los casos de Iraq, Somalia, Yugoslavia y el actual Plan Colombia.

La cortina ideológica: una proyección

La guerra de Afganistán, anunciada y presentada en sus inicios como *America strikes back* [Norteamérica contrataca] no debe hacer olvidar que ella formó parte de un conjunto geoestratégico y geopolítico propio de la nueva etapa del imperialismo o del nuevo imperialismo (como prefieren llamarlo algunos especialistas). Junto a los motivos y argumentaciones elaboradas y establecidas de los factores susceptibles de justificar, a sus ojos y los de la OTAN, la intervención, se agrega el terrorismo; pero, entiéndase bien, algunos terrorismos, aquellos que no están al servicio del imperialismo. Y debe también tenerse muy presente la nueva concepción del intervencionismo que tratan de establecer en la teoría y la práctica de las relaciones internacionales, a partir de esas primeras experiencias. A diferencia del intervencionismo que había caracterizado al imperialismo y al neocolonialismo desde finales del siglo XIX, que justificaba y trataba de legitimar la necesidad o el *derecho de poder violar el principio* de la soberanía de los Estados (es decir, había violación, pero no se cuestionaba el principio mismo), el nuevo intervencionismo busca justificar y *legitimar la obsolescencia del principio mismo*, esto es, su *liquidación* pura y simple. Si los presupuestos del nuevo intervencionismo, de ese autoproclamado derecho a intervenir sin fronteras y sin limitaciones, buscaba apoyarse en las llamadas intervenciones humanitarias, la defensa de los valores occidentales y las amenazas globales, tales como la droga, la posesión de armas de destrucción masiva, o las violaciones de los derechos humanos, el terrorismo (que estaba en la lista como un elemento más) ahora se convierte en una referencia esencial justificadora de guerras, bloqueos, intervenciones «legítimas», y toda cuanta forma de presión y desestabilización de gobiernos y naciones se pueda concebir.

Los atentados han permitido que algunos de los dirigentes y personeros de los intereses imperialistas ratifiquen la idea, expuesta ya en la guerra de Kosovo, de que se está obrando éticamente y en nombre de Dios contra el Mal. Inspirados, al parecer, en el mito de los Estados Unidos como nación predestinada por Dios para hacer el Bien, y con la visión maniquea de la realidad y de los acontecimientos del 11 de septiembre, que ya le conocemos, el líder del imperio presentó la guerra contra el terrorismo y Afganistán como una lucha del Bien contra el Mal; en el entendido de que el Bien es el imperio. Hasta Vladimir Putin, en su esfuerzo de ponerse a tono con los tambores que más suenan, dijo que «el mal debe ser castigado». Una de las intenciones de este tipo de discurso es tratar de situar la problemática en un plano estrictamente moral y abstracto, como si fuera ajeno a la política. Es una hábil

estratagema para hacer creer que las acciones del imperialismo, antes y después de los atentados, no son de tipo político. George W. Bush va más allá todavía y decide que Dios está de su lado: «Dios no es neutral». Sin entrar aquí en las insuperables contradicciones teológicas que una frase tal conlleva, lo menos que puede observarse es cómo se asemeja ese discurso al de los integristas islámicos. Otro de los rasgos de este discurso es diabolizar al enemigo y con ello justificar cualquier acción por desmedida y cruenta que sea. Hasta un hombre como Colin Powell, que no carece de cierta ponderación, decía en 1991, después de los destrozos en Iraq, «estoy falto de demonios [...] estoy falto de bandidos».¹⁷

Todo parece bueno para las mistificaciones encubridoras. Así se reaviva ese añejo argumento del colonialismo acerca de la lucha entre la civilización y la barbarie. Se trata de que no sea reconocible el rostro del imperio. El imperio británico acostumbraba a justificarse mediante la imagen del fardo que debía llevar el hombre blanco, pero con ello aceptaba su condición de imperio, aunque estuviera animado por la caridad. Pero el imperialismo contemporáneo ni siquiera admite su propia existencia: son sencillamente los defensores de los principios de la libertad y la democracia, más aún ¡es precisamente porque son los portadores de esos valores que han sufrido los ataques del 11 de septiembre! Así se corona la mitología y la mistificación: los atentados son contra la democracia y la libertad que los Estados Unidos y Occidente en general representan. De un plumazo desaparece toda la historia de los últimos lustros de subversiones y promoción de terroristas, inexistentes también quedan la miseria, la opresión y los hegemonismos como promotores de la desesperación irracional. Ya no cabe, pues, la imagen de víctima culpable. Virgen y limpio de toda culpa y de toda responsabilidad queda el imperio para poder ser lo que Chomsky alertaba que no era: una víctima inocente.

Pero se trata también de crear las condiciones ideológicas propicias para acciones futuras. Así, la lista de Estados y organizaciones terroristas hechas por el poder imperial ya anuncia todo tipo de futuras violaciones, intervenciones, agresiones, guerras y crímenes posibles. Es el momento, piensan los halcones, de eliminar a Sadam Hussein, liquidar las guerrillas colombianas y cuanto movimiento de liberación esté en el camino. Resulta interesante que en la nueva lista estén los talibanes, que no estaban en una lista anterior. Si hubiera hecho falta una prueba más del cinismo y de la política de doble rasero, esta lo muestra de manera evidente.¹⁸

Peligros serios acechan a los movimientos de liberación y a todos los movimientos de protesta,

de izquierda y progresistas en general. La lucha contra el terrorismo será utilizada contra ellos de las formas más disímiles. En lo inmediato, el interés público mundial se dirige al terrorismo, y la escasa atención y vigilancia del mundo y de las opiniones públicas hacia los acuciantes problemas de la humanidad puede facilitar la realización de los intereses de la mundialización neoliberal, las agresiones imperialistas y los planes de anexión de América Latina (por la vía del libre comercio neoliberal asimétrico, como el ALCA). Graves y urgentes son las tareas de los movimientos populares y de protesta en el mundo, ahora complicados con la nueva situación creada, la necesaria lucha contra el terrorismo y la creciente crisis económica. Esencial resulta impedir que las exigencias presionantes del antiterrorismo lancen a un segundo plano o minimicen las urgencias de los flagelos fundamentales que hoy azotan a la humanidad y que venían concitando una protesta creciente. Porto Alegre ha devuelto en ese sentido la esperanza; porque si bien los organizadores esperaban una mayor participación, el número total ha sido de lo más estimulante.

Uno de los objetivos de la nueva cruzada contra el terrorismo es quebrar el frente contra la mundialización neoliberal y crear una atmósfera hostil hacia los movimientos de protesta, progresistas y de izquierda. Bajo el ropaje de la lucha contra el terrorismo, se tratará de desacreditar a los movimientos contestatarios, y debilitarlos, y todo ello precisamente en el momento en que estas luchas estaban en un proceso de alza y vitalidad crecientes; cuando las ilusiones, que el liberalismo llegó a crear en algún momento, están ya en pleno descrédito. Así se dice, de manera natural, que para esos movimientos está en el orden del día no admitir, y oponerse a, la idea de que la lucha contra el terrorismo sirve de pretexto para las claudicaciones y la sumisión. Tarea fundamental es llegar a recuperar y desarrollar una conciencia antimperialista fuerte y vigorosa.

Además, un movimiento de masas internacional pujante podría quizás influir en que el liderazgo de la lucha contra el terrorismo no esté totalmente en manos del imperialismo y sus aliados, lo que la podría convertir en una fachada y una excusa para los designios imperiales. Y a las enormes e injustas desigualdades que hoy dividen al mundo se les agregaría probablemente otra, aquella que autorizará a concebir dos tipos de terrorismo: el que ataca al imperio y el que sirve a sus intereses, uno malo y otro bueno, uno legítimo y aceptable, y otro deleznable y espurio.¹⁹

Iraq y la actual expansión imperialista

La guerra contra Iraq tuvo finalmente lugar. No fue necesario esperar mucho tiempo después de

Afganistán para que quedara claro que la antigua Mesopotamia sería la nueva víctima del imperialismo.

Si muchos tuvieron dudas, y pocos lo detectaron, ahora resulta cada vez más evidente que el mundo está en presencia de una nueva fase, sumamente agresiva, de fuerte progresión de la expansión imperialista. Sin dudas, la presencia de Bush y sus halcones al frente del gran poder imperial, desatados después del atentado a las torres gemelas, ponen el sello de su impronta en los acontecimientos; pero la actual fase del desarrollo imperialista, incluyendo este momento de particular agresividad, no es el simple resultado de la acción de un grupo conservador que hubiese copado el control del país, sino que obedece, sobre todo, a la dinámica misma del desarrollo del capitalismo, mediante la cual se despliega la tendencia imperialista inherente a ese sistema, y que tiene su origen en las profundas y fuertes corrientes dentro del propio *establishment* de los Estados Unidos y que conduce su clase dominante.

Hay que enmarcar la guerra de agresión a Iraq y su ocupación actual tanto en el contexto de esa evolución del capitalismo mundial como en el cuadro de la estrategia global de dominación de los Estados Unidos en las nuevas condiciones mundiales, en particular el sello que le impone la actual administración de halcones imperiales y fundamentalistas, engañosamente cubiertos de una conveniente mística de mesianismo. También hay que analizar los recientes acontecimientos en sus nexos con algunas de las concepciones y teorías elaboradas en los últimos tiempos, relacionadas con la soberanía, el nuevo papel de los Estados-naciones, la tesis del derecho a la intervención, etc. Todos estos elementos están íntimamente ligados entre sí y expresan, como conjunto coherente, las profundas ambiciones del hegemonismo imperialista actual.

Este momento de incremento y crecimiento del poder dominante del capital mundial encuentra, como en el pasado, su fundamento en la economía. La vocación imperialista nace de la naturaleza misma del capitalismo, su necesidad de expansión constante, apropiación del plusproducto de amplios territorios fuera de las fronteras nacionales de los Estados imperiales, control y apropiación de recursos naturales y materias primas, conquista de nuevos mercados, etc. El capitalismo está empujado, por el camino de la acumulación y la expansión, una economía mundial caracterizada en esta época por un proceso que se ha dado en llamar mundialización o globalización, o, para decirlo con palabras de Marx, de internacionalización del capital. Se trata, bien entendido, de una mundialización neoliberal con predominio de la financiarización.

Pero el imperialismo, en la comprensión de la tradición marxista, es todo un sistema coherente y

complejo en que la economía, la política, lo social y el uso de la fuerza militar forman una unidad sistémica. Hoy, además, con más fuerza y eficacia que antes, el uso del aparato de propaganda de los medios masivos de difusión se ha convertido en un elemento clave y poderoso del funcionamiento exitoso de ese sistema complejo. El imperialismo actual, como se indicaba en las páginas iniciales, no se caracteriza por la posesión de colonias, como fue el caso del período entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX. La amplia bibliografía marxista al respecto ha analizado cuidadosamente las causas de este proceso, así como el papel central del capital monopólico financiero.

Por otra parte, debido al desarrollo desigual del capitalismo, el imperialismo se sigue caracterizando por la existencia de un centro —y de un grupo de países que lo constituyen— y una periferia. En fases anteriores han tenido mucha importancia las contradicciones entre los diversos Estados capitalistas desarrollados, en su rivalidad y lucha por el reparto del mundo. El actual momento no deja de compartir estas características, pero han tenido lugar significativas modificaciones y llegan a condicionar fuertemente el curso de los acontecimientos. Samir Amin llama la atención sobre lo que llama un «imperialismo colectivo» para referirse al de la tríada (los Estados Unidos, Europa y Japón), con intereses comunes.²⁰ Los Estados Unidos, desde luego, tienen la primacía en esa tríada.

La situación mundial de la tríada se modificó después de la caída del campo socialista europeo y la desaparición de la Unión Soviética. A partir de ese momento quedó también despejado el camino para el surgimiento de un nuevo orden mundial, del incremento del peso de la tríada como centro imperialista y del papel determinante de los Estados Unidos como gran y única superpotencia mundial. Como se ha explicado antes, la primera Guerra del Golfo, las acciones intervencionistas en Somalia, la agresión a Yugoslavia y la subsecuente ocupación de Kosovo (como territorio bajo el régimen de protectorado de facto), la guerra contra Afganistán (bajo pretexto de lucha contra el terrorismo), y la agresión y actual ocupación de Iraq, son hitos fundamentales de un mismo proyecto de dominio imperial del planeta por parte de los Estados Unidos, con el apoyo de los demás miembros de la tríada, salvo en la última aventura en Iraq. En todo caso, los logros imperiales en cada una de estas acciones, con la excepción de Somalia, produjeron, como uno de sus resultados, el estímulo a la aventura conquistadora y a la expresión de una gran arrogancia del superpoder estadounidense, con su aplastante e inigualado poderío militar. Al síndrome inhibitor de Viet Nam le ha sucedido el síndrome estimulador de Yugoslavia, Afganistán e Iraq.

El componente militar ha sido una constante de la expansión imperialista de todos los tiempos, pero en los momentos actuales, la preeminencia de ese factor es indiscutible y se ha convertido en base del nuevo orden mundial que los Estados Unidos procuran imponer. En realidad, se trata de una política de guerra. Es también en ese contexto que hay que ubicar la clarificadora y cinica declaración de Madeleine Albright sobre de qué serviría el poder militar de los Estados Unidos si este no era utilizado. El empuje militar permite también articular una imponente red de bases militares alrededor de todo el globo, para defender e imponer el control imperial y la hegemonía estadounidense. Una red que constituye, sin dudas, una pieza clave y necesaria en el sistema de dominación global de la llamada, por los epígonos del imperio, «la nación indispensable».

Esta política de guerra, llevada a cabo a tambor batiente por los halcones de la actual administración Bush, es también una muestra de que no basta, contrariamente a los reclamos de los ideólogos y epígonos del centro, la famosa mano invisible del mercado como mecanismo capaz, por sí mismo, de generar la superación de sus propias contradicciones. La fuerza militar es un factor determinante para mantener y ampliar el predominio económico y político. El puño militar, convenientemente manejado por el Estado, permite la realización de los designios imperialistas, y, en cierta medida, es una prueba de cómo la administración Bush entra en contradicción con los públicamente sostenidos principios de la economía neoliberal mundializada.

El imperativo militar ha desempeñado también un papel fundamental en vista de otros designios que son igualmente parte integrante del nuevo sistema de dominación planetario. Es típico del sistema imperialista la existencia de contradicciones y rivalidades entre los diversos países que conforman el centro. Las dos terribles guerras mundiales por el reparto del mundo del siglo pasado son una prueba todavía bien cercanas en la memoria. El cierto entendimiento y cooperación entre las potencias de la tríada, que caracterizó el período de la llamada Guerra fría, se mantuvo aún después de la desaparición del campo socialista y la URSS. Los Estados Unidos, por su parte, gozaron, como es sabido, de un período de cierto auge económico, superior al de Europa (Japón entró en recesión), durante una parte de la última década del siglo XX. Este estado de cosas ha venido cambiando, y la economía de los Estados Unidos, así como su capacidad competitiva, se han ido deteriorando. Todo parece indicar que necesitan emplear fórmulas fuera de la «sana y pacífica» lucha de mercado, para acudir a métodos más expeditos y agresivos que garanticen y

No se debe seguir repitiendo la ya manida historia del fin (anticipado) de los Estados nacionales, mientras que, en realidad, los centros imperiales refuerzan las funciones de política exterior de sus propios Estados.

amplien el dominio alcanzado. Muchos y constantes documentos y declaraciones provenientes del *establishment* lo confirman, y ratifican que una de las prioridades de la política exterior de los Estados Unidos consiste en no permitir que surjan o se desarrollen nuevas potencias que puedan igualar o sobrepasar a la nación norteamericana. Y este objetivo no solo se refiere a sus tradicionales aliados, sino también a Rusia y a China. Se trata, pues, del dominio absoluto imperialista en todos los terrenos que componen la dominación sistémica: económico, político, militar y de control de las opiniones públicas, en especial, las del propio país.

Las nuevas circunstancias indican claramente que en esta fase del imperialismo se ha desarrollado un centro del centro. No es nueva la desigualdad entre los diversos poderes imperiales. Inglaterra fue, durante mucho tiempo, el centro imperialista fundamental en el llamado período clásico del imperialismo; pero la enorme distancia que separa a los Estados Unidos del resto ha convertido a las demás potencias mundiales en imperialismos subordinados, de los cuales el centro del centro exige su sometimiento y tiende a hacerlos vasallos políticos y militares.

El proceso de agresión y ocupación de Iraq pone en evidencia esos designios, y muestra también la oposición de algunos de esos otros poderes, en particular de Francia y Alemania. Aunque si tenemos en cuenta que países como Bélgica y Luxemburgo han mostrado también desacuerdo, entonces es posible entender la despectiva frase de los Bush al referirse a ellos como *chocolate making countries* [países fabricantes de chocolate]. Con más razón, pequeños países del Tercer mundo, como Angola y Camerún, que sesionaron en el Consejo de Seguridad durante los debates y ajetreos relacionados con una segunda resolución sobre Iraq, han recibido un desprecio público; los ideólogos del bushismo no pueden aceptar que el voto de países pequeños pueda determinar el resultado del debate en el Consejo respecto al derecho del uso de la fuerza, en comparación con los democráticos Estados Unidos y su socio británico.

Claro que los nuevos países del antiguo campo socialista, la mal llamada por Donald Rumsfeld «nueva Europa», apoyan el gran proyecto de dominación estadounidense; para ellos, la alianza con los Estados Unidos es más importante que con Europa misma, y

no tienen reparos en servir de caballo de Troya. Varias naciones de la «vieja Europa» también siguen con esmero la línea Bush, pero ninguna iguala, evidentemente, a Gran Bretaña. Llama la atención el grado de sometimiento de Tony Blair y su disposición al vasallaje con escasas compensaciones. Pero es cuestión, en estos casos, de comenzar a identificar los factores y las razones que permitan entender esta conducta. Algunos elementos podrían avanzarse a guisa de explicación. En innumerables intervenciones —por ejemplo, en su discurso en Polonia o ante el Congreso de los Estados Unidos—, el primer ministro británico consideró que la multipolaridad, defendida por Jacques Chirac, era un grave error que pondría en peligro a todos, entendiéndose, a la indiscutible situación de privilegio de que gozan los europeos con respecto al resto del mundo. Para él, lo más sabio era aceptar el predominio de los Estados Unidos como garante del actual orden internacional. Más aún, ha coincidido con muchos ideólogos y halcones en que se ha creado una situación en el mundo, después del fin de la Guerra fría y, sobre todo, del 11 de septiembre, en que se facilita la afirmación y ampliación del actual sistema de dominación y de relaciones internacionales, por una duración aproximada de veinte años, que se debe aprovechar al máximo. Blair no lo ha dicho, pero la implicación de la aceptación de la condición de imperialismo subordinado y de vasallaje político y militar queda clara.

Algunos ideólogos del imperio han concebido formulaciones más moderadas para hacer pasar y defender lo que ya muchos llaman abiertamente, en el *establishment*, «América imperial» o «imperio americano». Pero, con fórmulas más o menos descarnadas, la vocación imperialista se manifiesta cada vez más abiertamente. Ya en noviembre de 2002, el conocido marxista norteamericano John Bellamy Foster, se inquietaba por esta corriente: «Los intelectuales y la élite política —comentaba— están acogiendo calurosamente una misión “imperialista” o “neoimperialista” para los Estados Unidos».²¹ Ya no se trata de negarlo u ocultarlo; antes bien, muchos lo consideran un deber y una responsabilidad; se trataría de, para algunos, «responsabilidad imperial» o de un *benign imperialism* [imperialismo benigno]. El pensamiento de la clase dominante en los Estados Unidos fue evolucionando

en los meses que antecedieron a la agresión a Iraq y durante la guerra misma. La oposición que en algún momento se puso de manifiesto (recordar, sobre todo, los debates de finales de diciembre de 2002 y de enero del presente 2003), quedó superada, y en lo fundamental se logró el consenso. Este consenso, debido a la actual resistencia iraquí, muestra señales de resquebrajamiento, pero ello no debe conducir a soslayar el significado y la importancia del acuerdo y la cooperación interna logrados, inclusive de la opinión pública norteamericana.

Algunos, en Europa y otros puntos del planeta, claman por un mundo multipolar y por el multilateralismo; otros, como Blair, lo consideran peligroso para sus propios intereses. Su discurso ante el Congreso de los Estados Unidos es muy iluminador en este sentido. Para él, «no hay teoría más peligrosa que esa necesidad de balancear el poder de América». Algunos ideólogos del imperio, por su parte, han concebido fórmulas «blandas» para cubrir el papel del centro-centro. De ahí la tesis del *sheriff* y el *posse* o la del «multilateralismo impositivo» [*assertive multilateralism*]. La primera es de Richard Haass,²² cuyo artículo «Imperial America» está considerado por algunos importantes teóricos marxistas estadounidenses como la referencia argumental de la clase dirigente del capitalismo norteamericano. La segunda es de Madeleine Albright, seguidamente teorizada por varios especialistas en sentidos diversos, pero cuya comprensión y aplicación conduce (al igual que la imagen del *sheriff* y el *posse*) a la aceptación, por parte de los demás, del papel dirigente y dominante de los Estados Unidos. En el caso Haass, los Estados Unidos son obviamente, el *sheriff* que comanda el *posse*. En ambas posiciones, significa aceptar como un hecho el carácter subsidiario de las otras potencias grandes y medianas y la marginación e insignificancia de los Estados débiles.

La divisa de Rumsfeld de que la misión define la coalición, y no a la inversa, expresa una tesis similar, pues se trata de que una vez que los Estados Unidos hayan definido una misión, los demás deben seguirlos sin derecho a oposiciones o a criterios inadmisibles para la administración norteamericana. Hay que decir, en este orden de cosas, que la propia Europa contribuyó, en gran medida, a esta situación cuando ante la crisis yugoslava llamó a los Estados Unidos para intervenir, y cuando finalmente aceptó los manejos de Albright en Rambouillet. Rusia, por su parte, también ha contribuido, desde que, existiendo todavía la Unión Soviética, aprobó la guerra contra Iraq en 1991, así como aceptó y apoyó a los Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo después del 11 de septiembre, incluyendo la proliferación de bases militares en varios de los antiguos países que formaron la Unión Soviética. Su oposición a la reciente agresión contra Iraq fue más

moderada que la francesa, y ante la nueva resolución que los Estados Unidos quisieron hacer pasar en el Consejo de Seguridad (antes del 23 de septiembre de 2003, según el propio Bush) emitió declaraciones ambiguas, cuyo interés principal, al parecer, radicaba sobre todo en lo que recibiría a cambio.

Una de las características, pues, del actual momento imperialista radica en las modificaciones de las relaciones internacionales entre países desarrollados, las cuales —sin dejar de ser competitivas— hacen que esta competitividad sea relativa, a favor del reforzamiento de la relación de un centro del centro: la hegemonía que tiende al dominio de los Estados Unidos. Todo ello no excluye, sin embargo, que las innumerables contradicciones que atraviesa el sistema capitalista se están haciendo muy activas y fuertes, ni tampoco que la actual ambición y agresividad imperiales están haciendo al mundo más caótico y explosivo, empujado a la ingobernabilidad y la barbarie. Al contrario de los deseos de Tony Blair, la anhelada gobernabilidad que el superpoder estadounidense traería, para el disfrute confortable de un imperialismo subsidiario y vasallo, el resultado podría ser precisamente su opuesto. Y un nuevo tipo de barbarie neofascista conduciría al mundo a sufrimientos inenarrables. Evidentemente, Blair ignora los sabios augurios de Rosa Luxemburgo.

El imperialismo de hoy conoce asimismo una situación interesante en lo que respecta al papel y las funciones de los Estados nacionales. No se debe seguir repitiendo la ya manida historia del fin (anticipado) de los Estados nacionales, mientras que, en realidad, los centros imperiales refuerzan las funciones de política exterior de sus propios Estados y el empleo de la fuerza militar para conseguir sus objetivos. La tesis de los Estados débiles es, sobre todo, para los países de la periferia. Sin embargo, en la situación actual, es evidente que el capital se va transnacionalizando y se multiplican los oligopolios. En etapas anteriores, el dominio del capital monopolístico financiero se correspondía con un Estado-nación en particular. Hoy no existe una figura política internacional que se corresponda de manera equivalente con las transnacionales, aunque estas tengan un país-base fundamental. El Estado-nación del imperio —es decir, los Estados Unidos—, busca llenar entonces las funciones del Estado necesario para la buena marcha de la mundialización; esto es, un Estado nacional particular que funcionaría como Estado mundial para cumplir, sobre todo, las funciones políticas y militares inherentes al buen funcionamiento del sistema-mundo. Así, el Estado del imperio se adjudica funciones de Estado político mundial. En esta tarea, espera el apoyo en particular de los demás miembros de la triada, algo que les ha fallado en cierta medida en la aventura contra Iraq. Es por este papel rector que, quizás, los

Estados Unidos sean, a los ojos de los abogados del nuevo orden imperial, «la nación indispensable».

Es cada vez más ampliamente aceptado que el imperio y sus seguidores recurrieron a la mentira para justificar la reciente agresión a Iraq. Pero resulta menos evidente el conjunto de ideas y concepciones sobre política y relaciones internacionales que componen la madeja ideológica y teórica donde se inscribe y justifica el proyecto general de dominio, que algunos llamaron «Proyecto para un nuevo siglo americano». Toda la atmósfera ideológica sobre el derecho a la intervención y la soberanía limitada, que se ha venido introduciendo desde la última década del siglo xx, forma parte del marco de referencia indispensable para una honda comprensión de la naturaleza y el designio del gran proyecto imperial. Igualmente, toda una batería de términos y conceptos —algunos nuevos y otros con existencia anterior, pero remozados o actualizados—, se han estado elaborando en los últimos tiempos. En estos meses se ha hablado menos de la famosa «guerra ética» de Tony Blair cuando los acontecimientos de Kosovo; pero ello no excluye que se intente hacer creer a la humanidad que existe un peligro para los Estados Unidos, que emana sobre todo de lo que, a juicio del propio imperio, ellos representan; a saber, los valores de derechos humanos, democracia, etcétera.

La nueva lógica conceptual elaborada parte de la idea de los llamados Estados maleantes (*rogue states*), los cuales han llegado a esta peligrosa condición a partir de su desgraciada condición de ser Estados fracasados deficientes (*failed states* y *failing states*). La tesis de la peligrosidad que para los Estados Unidos significarían los Estados débiles y fracasados (una buena parte del Tercer mundo) constituye una piedra angular de la nueva doctrina Bush de seguridad nacional.²³ Estos Estados fracasados son, a los ojos de Bush, más peligrosos para los Estados Unidos que cualquier potencia, debido, precisamente, a la incapacidad de sus gobiernos centrales para ejercer un debido control sobre su propio suelo; a su incompetencia e ingobernabilidad, que facilitarían el uso de su territorio por los terroristas y, en algunos casos, por oprimir a su pueblo. Por cierto, Javier Solana sostiene también la tesis de los Estados fracasados y su pérdida de derechos. Las condiciones de debilidad hacen que pierdan su derecho a la soberanía, con lo cual queda abierto el camino para que la llamada comunidad internacional, en particular los Estados democráticos —es decir, los poderes imperiales—, intervengan, incluso militarmente, en dichos *failed* y *failing states*. La soberanía no es entonces una condición absoluta o inherente a cualquier Estado por el hecho mismo de serlo, sino que es solo legítima y digna de ser respetada si no se es un *failed state*. Se trata de una ampliación de las tesis ya enarboladas desde los

años 90 del derecho a la intervención y de la soberanía limitada, cuando se trataba de Estados violadores de los derechos humanos. El terrorismo practicado o tolerado por esos Estados, como es el caso de Afganistán, o la posesión de armas de destrucción masiva en manos de *failed states* se convierten así en elementos justificadores y, por tanto, legitimadores para el nuevo intervencionismo imperialista. Sin la menor duda, Yugoslavia, Afganistán, Iraq, Irán y otros países de «cualquier oscuro lugar del mundo» son Estados deficientes o en quiebra, que han perdido su derecho a la soberanía. Algunos de los Estados fracasados, al convertirse en *rogue states*, y constituir por ello una amenaza para los Estados Unidos —sigue rezando la argumentación en su esencia—, pueden también ser objeto de acciones militares «preventivas», ya que, como todos los fracasados en general, pierden las ventajas normales de la soberanía.

En este punto, los especialistas encuentran un importante elemento de desvirtuación por parte de la administración Bush. El Derecho internacional, según estos analistas, legitima la idea del ataque o la acción *preemptive* [anticipatoria], inclusive esta aceptación está recogida en el artículo 51 de la Carta de la Naciones Unidas sobre el derecho a la autodefensa que autoriza a actuar anticipadamente ante una amenaza inminente; los especialistas han insistido en que se trata de la inminencia del ataque, pero la administración Bush ha decidido que no es posible, en la situación actual, esperar por la condición de inminencia. No existe, sin embargo, en el Derecho internacional, según el mismo análisis, una aceptación o tolerancia similar para el ataque o la acción «preventiva» (*preventive*). Los documentos e innumerables declaraciones de los líderes norteamericanos, incluyendo al propio presidente, se refieren sobre todo a *preemptive* (lo que está ligado a la situación de inminencia, y como excepción), pero le otorgan el contenido de *preventive*, como en el caso de Iraq. Un nuevo umbral, de la mayor y más peligrosa importancia, se ha franqueado para dejar carta abierta a la utilización arbitraria del enorme poder militar de los Estados Unidos. La expresión de esta doctrina (llamada por algunos *first strike doctrine* de Bush) fue expuesta en el mencionado documento sobre seguridad nacional de septiembre de 2002, pero ya estaba implícita en el discurso de Bush de West Point (junio de 2002). Comentando sobre el documento de Estrategia de Seguridad Nacional, James Rubin, antiguo asesor de Bill Clinton, hacía notar que la idea de una gran potencia utilizando la fuerza antes de ser atacada no es nueva, pero que el problema con el documento de Bush es que hace de la doctrina del *first strike* la regla y no la excepción.²⁴ Se amplía, pues, la doctrina de la *preemption*, redefinida para incluir la acción o guerra

preventiva (atacar a un enemigo aun en ausencia de evidencia específica de un ataque inminente), y la hace parte integral de una doctrina permanente de seguridad y defensa. De hecho, es un instrumento para la dominación planetaria.²⁵ Aunque, como ya se ha señalado en muchos estudios, la idea y el proyecto de atacar a Iraq para cambiar su régimen y ocuparlo existía desde varios años antes en los documentos programáticos y en los estudios de los *think tanks* de los halcones. Y todo ello, como parte del gran proyecto de dominación mundial con el uso de fuerza militar, la cual solo necesitaba para poderse poner en práctica un acontecimiento de la envergadura de Pearl Harbor; Bin Laden produjo el Pearl Harbor que necesitaba el imperio y que acabó de crear las condiciones para llevar adelante este período de empuje imperial agresivo que no quieren desaprovechar ni la clase dominante estadounidense ni Tony Blair, y menos aún los halcones de Bush, punta de lanza en la implantación del nuevo orden imperial.

La reciente agresión a Iraq tiene, como es común en estos casos, varios objetivos. Sin dudas, el control del petróleo es uno de ellos, y por varias razones. No solamente porque es una materia prima fundamental para el mantenimiento y ampliación del poder imperial, sino porque aumenta igualmente la impronta de los Estados Unidos sobre el resto del mundo y sus propios aliados; es un arma para la dependencia de los países del imperialismo subordinado y también para el objetivo general de la política exterior norteamericana de impedir el surgimiento de otros poderes mundiales —entiéndase Rusia y, en particular, China. En este sentido, el control sobre Iraq permite, como han señalado algunos analistas, impedir la ampliación de utilización del euro, tal y como intentaba el propio Saddam Hussein para sus transacciones petroleras, como moneda alternativa al dólar.²⁶ Pero probablemente el objetivo principal haya sido el cambio de régimen de Iraq como parte del plan más ambicioso de remodelar el Medio Oriente, región estratégicamente clave para el proyecto geopolítico global del imperio. La ocupación y control de Iraq implica también ampliar la red de bases militares, y dismantelar las ubicadas en Arabia Saudita,²⁷ donde resultan tan problemáticas y, por el malestar que crean entre los musulmanes sauditas —quienes profesan un islamismo sunita muy radical (wahabita), de donde proviene el propio Bin Laden—, susceptibles de promover el terrorismo fundamentalista.

Las Naciones Unidas, por su parte, han perdido mucho prestigio en este proceso, pero no solo por la conducta de los Estados Unidos y sus seguidores, sino también por la ambigüedad de su propia conducta, cuando, por ejemplo, apoyan y colaboran con las líneas de ocupación de Iraq, o cuando, como ahora, reúnen a

los miembros permanentes del Consejo de Seguridad para llegar a consensos en detrimento de los demás miembros del Consejo. Otro límite en el proyecto imperial acaba, así, de ser franqueado en el proceso de implantación del dominio de los poderosos.

Las fuerzas invasoras enfrentan grandes dificultades para convertir a Iraq en una neocolonia yanqui a través de su intención de aplicar un modelo de *nation-building* mediante una invasión; no se trata de la *nation-building* de un Kennedy, por ejemplo, sino precisamente de llevar adelante el proceso a través de una fuerza extranjera de ocupación. Pero ante los ojos del mundo, los invasores extranjeros son atacados diariamente en una guerra de guerrillas que es difícil anticipar cuánto podrá sostenerse. En contra de la efectividad de la resistencia, hasta ahora bastante exitosa, conspiran las tradicionales divisiones del pueblo iraquí y, sobre todo, el comienzo del uso de formas de terrorismo irracional y políticamente mal encauzado, como el atentado a la sede de las Naciones Unidas.

Es difícil predecir cómo será la evolución ulterior de los acontecimientos. Pero si la resistencia del pueblo iraquí se mantiene, y evita las irracionalidades terroristas, entonces estarían brindándoles un gran servicio a los pueblos oprimidos y amenazados. Los Estados Unidos podrían empantanarse, y el camino para futuras agresiones e intervenciones quedaría seriamente obstaculizado.

Notas

1. *Policy Planning Study*, 23 de febrero de 1948; citado por Noam Chomsky en *Ideologie et pouvoir*, EPO, Bruselas, 1991, p. 17.
2. Citado por Michel Collon, «La guerre global a commencé», Rémy Herrera, coord., *L'Empire en guerre*, Les Temps de Cerises, 2001, p. 212.
3. Véase *Le Grand Échiquier*, Fayard, París, 1977, p. 167-8.
4. Véase Andrea Catone, «Sul carattere della guerra in corso», *Rosso XXI*, Florencia, diciembre de 2001, p. 13.
5. Los terroristas de la UCK, con el apoyo de la base norteamericana de Camp Bondsteel, estuvieron atacando el sur de Serbia a finales de 2000 y zonas de Macedonia en la primavera de 2001, lo que desequilibró la zona por largo tiempo y justificó la misión militar exterior. En estos casos, no se querían realmente soluciones sino problemas.
6. Véase Andrea Catone, ob. cit.
7. Esta situación está tremendamente agravada por el binomio Sharon-Bush. Cómo no entender la amargura, el desaliento, la desconfianza y la desesperación que este conflicto genera, con sus iniquidades, los tratamientos desiguales y la continua justificación de Israel. A veces se escucha analizar la actitud de la actual administración en este asunto y en relación con Afganistán (inmediatamente después de la salida de los soviéticos y la caída del gobierno comunista) como aislacionismo o desinterés de los Estados

Unidos. Son palabras ciertas y mentirosas a la vez. No empeñarse, como lo hiciera Clinton en el proceso de paz mediorientales, no implica, y de hecho nunca lo ha sido, un verdadero aislacionismo ni mucho menos un desinterés. El apoyo y la justificación a Israel es sin falla; a Sharon se le recibe en la Casa Blanca mientras se ignora a Arafat.

8. Vale la pena indicar algunas de esas cifras oficiales. En Yugoslavia, en unos ochenta días de campaña aérea, de 23 000 lanzamientos, 20 dieron en blancos equivocados; en Afganistán, a los veinte días de campaña, de 3 000 lanzamientos, hubo 20 incidentes con «daños colaterales». En Yugoslavia, uno de cada 1 150 erraba su blanco, y en Afganistán, uno de cada 300 produjo daño colateral.

9. Con esas bolsitas se llevó el cinismo al colmo: primero las lanzaban y poco después a esa misma población les «regalaban» las bombas más poderosas y mortíferas (alguien con humor negro comentó entonces que querían que murieran con el estómago lleno).

10. En una entrevista el consejero de Carter relatava que desde julio de 1979 ya se habían dado las primeras directivas para la asistencia clandestina a los opositores del régimen de Kabul. (*Le Nouvel Observateur*, n. 1732, París, enero de 1998). El pueblo afgano, que debería sufrir los desmanes de estos grupos, obviamente no contaba.

11. «No tenemos la prueba, ni yo ni mis hermanos, de una ayuda americana». *Weekend Sunday*, 16 de agosto de 1998. Citado por Michel Chossudovsky, <http://www.globalresearch.ca/articles>.

12. Véase Selig S. Harrison, «Les liaisons douteuses du Pakistan», *Le Monde Diplomatique*, octubre de 2001. Y también Najam Sethi, «Pourquoi le Pakistan doit jouer la carte américaine», *The Friday Times* (reproducido en *Courrier International*, n. 569, París, 27 de septiembre-4 de octubre de 2001).

13. Citado por B. Sadr, «La duplicité de l'Occident», *Le Monde*, París, 29 de octubre de 2001.

14. Sin dudas, una prueba más de los dos raseros. ¿Una actitud similar de cualquier país del Tercer mundo respecto a una demanda equivalente por parte de los Estados Unidos no habría concitado todo tipo de presiones, amenazas y hasta acciones punitivas? Todavía hoy, a tantos años de aquella voladura, uno de los autores intelectuales del hecho se pasea por los Estados Unidos (amnistiado por Bush padre), en plena santidad antiterrorista del imperio y justificando públicamente el atentado terrorista de 1976. Orlando Bosch, el terrorista asesino, es un «niño lindo» de las fuerzas más oscuras de los Estados Unidos. Sin embargo, cabe preguntarse cómo es posible que los medios de información de los Estados Unidos no hayan señalado con toda la fuerza que merece que Bosch pueda expresarse públicamente de esta manera a favor del terrorismo, precisamente durante los momentos más graves de la santa cruzada antiterrorista.

15. A veces se escucha recordar a Munich, pero no todos recuerdan a Versalles. La opción de Munich nunca hubiera existido si no se hubiera dado un Versalles primero; y en aquella época algunas voces preclaras y lúcidas, como la de Lenin, se alzaron contra la inequidad de Versalles y para alertar del monstruo que se podría gestar. La historia le dio la razón; y cuando la Alemania nazi fue derrotada, los aliados tuvieron la inteligencia de no repetir el error de Versalles. Y aquella actitud no implicaba, en lo más mínimo, una justificación del nazismo.

16. El 20 de septiembre de 2001, el mundo pudo asistir atónito al discurso de la arrogancia, del *dictat* al planeta, de la imposición de la regla simplista de juicio final: *you are either with us or with the terrorists*. Para días después, en respuesta a la extraña propuesta de los talibanes de realizar un juicio internacional a Bin Laden, comportarse como verdadero emperador: «ya yo dije», «ya dije lo que tenían que hacer», etcétera.

17. Citado en J. Bellamy, H. Magdoff, R. McChesney, «Editorial», *Monthly Review*, Nueva York, noviembre de 2001.

18. Por cierto, interrogado durante su campaña presidencial por un periodista de la radio sobre los talibanes y su gobierno opresivo sobre las mujeres, el entonces candidato George W. Bush creyó que se trataba de un grupo de rock.

19. La última consideración surge de manera natural del conjunto de los análisis. La tarea fundamental que se plantea a las fuerzas progresistas y de izquierda es la de la acción internacionalista concertada, que no se deje atrapar por la falsa disyuntiva entre el imperialismo y los terroristas. Refundar el internacionalismo a partir de la rica experiencia acumulada desde la época de Marx y Engels, extrayendo las enseñanzas necesarias de las experiencias del siglo pasado y haciéndolo creador y adaptado a las nuevas circunstancias de amplias y nuevas movilizaciones mundiales, que es la vía esencial hacia la liberación, la justicia social y la igualdad entre los pueblos.

20. Samir Amin, «L'alternative au système neo-libéral mondialisé et militarisé. L'impérialisme aujourd'hui et l'offensive hégémonique des Etats Unis». Ponencia presentada en la conferencia Marx y los desafíos del siglo XXI, La Habana, mayo de 2003.

21. John Bellamy Foster, «Imperialism and "Empire"», *Monthly Review*, n. 5, Nueva York, noviembre de 2002.

22. Richard Haass, *The Reluctant Sheriff*, 1997. Citado por John Bellamy Foster, «The New Age of Imperialism», *Monthly Review*, n. 3, Nueva York, julio-agosto de 2003. El *posse* (o la *posse*) nos es familiar por los filmes del Oeste, cuando el *sheriff* convoca a un grupo de personas para asistirlo en sus funciones de preservación de la paz pública.

23. Véase al respecto *The National Security Strategy of the United States of America*, www.whitehouse.gov/nsc/nss.html, septiembre de 2002.

24. El artículo de James Rubin apareció en la edición de Internet de *The Guardian* del 23 de octubre de 2002.

25. Véase también, entre otros materiales, O'Hanlon, Rice y Steinberg, «The New National Security Strategy and Preemption», www.whitehouse.gov/nsc/nss.html, enero de 2003.

26. Véase al respecto, William Clark y Geoffrey Heard, «Non solo petrolio, la verità non detta: il dollaro, l'euro e la guerra in Iraq», *La Contraddizione*, n. 97, Roma, julio-agosto de 2003.

27. Esta observación sobre Arabia Saudita fue hecha por Wolfowitz mismo, «el *velociraptor*», como lo han calificado algunos periodistas sagaces.